

# Los trancos de Bracho

**CARLOS BRACHO**

TRANCO I

**I** De qué podemos hablar en este espacio en donde mes tras mes –ahora con el tiempo transcurrido–, año, tras año, hemos ido dejando algunas ideas, un poco al desgaire, pero que las lanzamos con gran respeto y cariño manifiesto hacia nuestras lectoras insumisas? Yo mismo me puedo responder, yo mismo tengo los argumentos para contestar. Y la respuesta no es tan difícil, no, cuando volteo hacia la ventana que mira hacia el horizonte en donde los copas de los árboles son visibles y que más allá, en lo alto, las nubes se estacionan el tiempo que consideren necesario, o pasan con paso redoblado que parece como que van a otros lares a cumplir una tarea impostergable. O cuando el avión cruza el espacio y va dejando una estela blanca y un ruido que arrulla, un ruido que nos llega después que el aparato celeste ha cruzado por nuestra vista. Y luego las parvadas de palomas que parece que tienen mucha prisa por llegar a aquél techo de la casa que se divisa apenas. Y observar, desde esa mi atalaya, los rayos del sol que tratan de penetrar entre las formaciones de las nubes, y los rayos que lo logran producen juegos de luz, de colores, y que al llegar a tierra alimentan a las plantas, dan vigor a las hojas de los encinos y

al pasto le dan energía y a las flores les infunden provechosas emanaciones. Ése es el juego perfecto de la Naturaleza. Esos son los pequeños detalles que algunas personas no se percatan, tan ocupadas que están viendo la tele, escuchando noticias de las guerras en donde los poderosos matan a niñas inocentes, y peleándose de auto a auto, de que el aire se mueve en todos los lugares, que la vida que está en cada planta, en cada árbol, sigue cumpliendo con su deber añejo, que las aves vuelan, trazan círculos, se alimentan de las semillas que arrojan los arbustos, que con sus colores nos alegran el espacio visible, que las piruetas de los colibríes son como sus destellos: fulgurantes, plenos. Y luego contemplar el recorrido del sol, observar cómo cambia la intensidad lumínica y como, conforme cruza por el cielo, los objetos van adquiriendo otras tonalidades, distintas a las que tenían cuando los observamos en la aurora. De manera, como arriba decía, que en realidad sí tengo soluciones para escribir estos Trancos. Son muchos los temas que puedo abordar, el límite es la capacidad que pueda yo tener para imaginar cosas, o para narrar lo que mis ojos ven. Porque la mente, de todos los humanos, trabaja de acuerdo a las “vitaminas” que le inyectemos. Sí, cuando veo y admiro lo que arriba expongo, y cuando en mi estudio suena la música de Wagner y cuando abro la botella de coñac, y cuando enciendo un puro habano, entonces mi alma canta al

unísono de Richard, mi espíritu se regocija con los espíritus afines del licor, y mi ser se estremece a cada ración de humo de tabaco diabólico. Y cuando estos dulces demoníacos surten su efecto, amigas queridas, la imaginación vuela, y cruza más rápido el horizonte que el avión, y tiene más colores que las alas del colibrí, y tiene alas más batidoras que las palomas torcazas. Es cuando se me aparece una mujer en la casa vecina, abre su ventana y exhibiendo su cuerpo, libre de telas, me llama para que sea su compañero de esa noche, y hombres débiles que somos, yo hombre debilucho en esos menesteres, sucumbo al encanto, caigo ante el llamado de la madonna, y cuando el astro termina su viaje, yo también he terminado mi vino, ya he fumado todo el habano, y ya he escuchado toda la Valkiria teutona. Con tres toques de mi mano, ella, la que me llamó, abre. La bata de casa que porta es ligera, al menor soplo caerá por los suelos y entonces el festín de las almas, el aquelarre de los cuerpos, el combate de las bocas, el silencio de los ojos, la electricidad de los brazos y las piernas, harán que las palomas nocturnas acudan en tropel para observar el espectáculo, los colibríes danzarán con más frenesí al ver los vuelcos que por la ventana se dejan ver, la presurosa Luna querrá asomarse, porque el Sol algo le dijo, algo le susurró de lo que iba a suceder en aquel lugar, seguramente le dijo que no se fuera a perder el festín de todos los días, el que protagonizan ellas, ellas las que, al estar vivas, abrazan la religión de la Venus impositiva y deleitosa. Con toda seguridad el Sol le comentó a la Luna que allí, en ese sitio iba a tener lugar el baile de dos que desean bailar toda la noche, que iba a acontecer el choque ritual de los muslos, que iba a tener lugar la misa a dos voces y cuatro brazos. Ni el Sol se equivocó, ni la Luna quedó defraudada. Esa noche pasaron muchas cosas, esa noche se dieron cita los gnomos pendencieros y los magos juguetones. Cada quien cumplió con un trabajo que no lo es tanto. Sí, pasaron infinidad de cosas...

A los primeros avisos de que el Astro se avecinaba y que estaba por aparecer con su cara naranja, la obediente Luna se marchó y desapareció en los confines del horizonte. Yo salí de la recámara sin hacer ruido. Entré a mi estudio. Tomé una ducha. Y a ver pasar los pájaros, a esperar los rayos calientes del Sol, a contemplar el vuelo de los aviones, a sentir el aire, a ver los árboles, a mirar las flores, a esperar las nubes que juguetean siempre en la estratosfera. Y si mi amiga abre su ventana y me llama yo creo que no me podría negar. ¿Cómo negarse a respirar el perfume del cabello, cómo no asistir a los ritos añejos y actuales de las ánimas? Mientras ese momento mágico se presenta, enciendo el aparato de sonido y Parsifal retumba en las cuatro paredes, el vino tinto cae con suavidad sobre mi copa, el habano espera para ser encendido y acariciado y aspirado. Puedo, con esto, decir que la vida es bella, que la vida merece ser vivida, a plenitud, con amor, con entrega, con esperanza... digo, ¿no? Vale. Abur. 🐣

[www.carlosbracho.com](http://www.carlosbracho.com)



Carlos Bracho